

I. Vallejo, *El infinito en un junco*, Madrid, Editorial Siruela, 2019, 452 pp.

Un libro maravilloso cuya lectura es una delicia. Traza una panorámica de la literatura antigua profunda y difícil de igualar, y la pone en relación con la literatura, el arte, y el cine actual. Esta panorámica permite enseñar a algunos “despistados”, enamorados de las novedades y la tecnología que consideran que ya no hay que estudiar el mundo antiguo, que tienen mucho que aprender. El libro profundiza en la historia de un modo muy perspicaz y además la cuenta de forma amena, cosas ambas difíciles de encontrar. Y no solo el contenido, la forma lingüística en que está expuesto es extraordinariamente elegante. Esto ha hecho que un libro que habla de libros y de muchos autores antiguos y modernos haya tenido éxito en todo tipo de público, y que, en mayo de 2021, ya vaya por la 31ª edición.

Es un libro lleno de sugerencias de lectura. Es impresionante la abundancia y diversidad de ellas. Como habla de muchos libros, a cada lector le llaman la atención cosas diferentes, en función de los que cada uno ha leído. De repente encuentras a una persona leyéndole a unos niños los pasajes sobre la invención del alfabeto. Otra comenta su similitud con *El Aleph* de Borges...

Por otro lado ¿cómo hacer una reseña de un libro que, como dice su autora, es el compendio de los estudios de toda una vida? Cualquier cosa que pueda yo decir aquí se quedará corta en cuanto a visión general y valoración. Soy consciente de que solo voy a abordar algunos aspectos, pues si destacáramos todos sus aciertos esta reseña sería tan larga como el libro.

Es muy acertado que la autora señale (cap. 30, p. 90) el paralelismo entre la épica de Homero y la épica de las películas del oeste americano, tomando esta frase del periodista que entrevista a Ransom Stoddard (James Stewart) en *El hombre que mató a Liberty Valance*: “Esto es el Oeste, señor. Y, en el Oeste, cuando los hechos se convierten en leyenda, hay que imprimir la leyenda”. Hay muchas cosas criticables en la historia de EEUU (el genocidio indio, la esclavitud, la guerra civil, la fiebre del oro, las ciudades sin ley), al igual que en la guerra de Troya (arrasada, las mujeres esclavizadas, los niños asesinados). Sin embargo, eso ha sido idealizado y convertido en leyenda en las películas del oeste y Homero se encargó de hacerlo en la literatura griega.

Hay afirmaciones geniales (capítulo 64, p. 168): Cuando comenta este verso de la poeta Safo: “*Lo más bello es lo que cada uno ama*. Inesperado, este verso afirma que la belleza está primero en la mirada del amante; que no deseamos a quien nos parece más atractivo, sino que nos parece atractivo porque lo deseamos. Según Safo, quien ama crea la belleza; no se rinde a ella como suele pensar la gente”.

Otro párrafo genial es el que dedica a las variantes en las versiones de los mitos: cap. 66, p. 175: “¿Penélope esperó pacientemente a Ulises o lo engañó en su ausencia? ¿Helena estuvo o no estuvo en Troya? ¿Abandonó Teseo a Ariadna o fue raptada? ¿Orfeo amaba a Eurídice más que a su vida o fue el primer pederasta? Todas

estas variantes coexistieron dentro del enmarañado laberinto de la mitología griega”. En efecto, los textos que transmiten la mitología griega no son textos considerados canónicos, como ocurre con la Biblia. Se pueden considerar las versiones más antiguas del mito a partir de los textos más antiguos conservados, pero nada más.

En la p. 174 nos dice que la tarea de escribir es como la de tejer (hilar relatos, tejer historias), como si la narración fuera un gran tapiz, para organizar la cual empleamos muchas metáforas textiles.

Su valoración de Heródoto (p. 180), citando palabras de Jacques Lacarrière, como el que se esforzó en derribar prejuiciosas barreras entre los pueblos de Asia y los griegos, es extraordinariamente moderna, al igual que esta frase “porque solo entenderemos nuestra identidad si la contrastamos con otras identidades”. Y más adelante (p. 188), cuando señala, también basándose en pasajes de Heródoto “En el fondo, lo que las comunidades humanas tienen en común es aquello que inevitablemente las enfrenta: la tendencia a creerse mejores. Como descubrió la mirada del griego nómada, todos estamos dispuestos a considerarnos superiores. En eso somos iguales”.

Algunas afirmaciones del libro me parecen discutibles, aunque no se deben a la autora, sino a asertos de filólogos clásicos, que se han extendido como si fueran dogmas y son simples generalizaciones, establecidas a partir de los datos fragmentarios que nos han llegado, como si fueran datos incontestables.

En el capítulo 19 (p. 61, y más adelante, p. 275) se dice que *la norma* era leer en voz alta. Esa afirmación es discutible. Está basada en un texto de San Agustín (*Confesiones* VI 3), que se mostró muy sorprendido al encontrar leyendo mentalmente a San Ambrosio. Pero hay algunos datos de que también se practicaba la lectura en silencio en la antigüedad (Eurípides, *Hipólito*, 857-880; Plutarco, *Alejandro*, 39, 8; *Catón*, 24, 3; *Bruto*, 5, 3-4). Es cierto que las personas que han aprendido a leer ya adultas y que tienen cierta dificultad para leer suelen hacerlo mejor en voz alta que en silencio. Y también es cierto que en los escritos no había separación de palabras, que apenas existían las copias de libros, y que la lectura en comunidad era lo más habitual. Pero de ahí a deducir que lo que hacían todos era leer en voz alta es una exageración que incluso los bibliotecarios estudian en sus temarios como si fuera un dogma.

En el capítulo 48 (p. 130) se habla de la pederastia griega con función pedagógica. Es algo que se ha repetido hasta la saciedad entre los filólogos helenistas, y que se admite como si fuera un dogma. Sin embargo, no es exacto afirmar que los hijos de la aristocracia aprendían el arte de la guerra de sus amantes adultos. La aristocracia griega de la que tenemos noticias es, sobre todo, la que aparece en Homero. Y en Homero no existe la pederastia ni la homosexualidad. Eso es algo posterior. Es cierto que la alabanza a la mujer, a la belleza de la mujer y al amor hacia una mujer es algo que empieza a suceder en la literatura de los siglos III-II a.C., en la época helenística. Pero eso no es suficiente para hacer esas deducciones. Esa tendencia a interpretar la Antigüedad de forma unitaria a partir de los datos fragmentarios que nos han llegado es muy frecuente, pero no es segura. Para empezar no tenemos estadísticas que valgan. A duras penas se puede calcular la población de las ciudades, como para deducir, a partir de la literatura, que la homosexualidad y la pederastia eran la norma común en Grecia. Es como si dijéramos que en época de Franco no había homosexualidad, puesto que no era visible, y como si dijéramos que toda la población actual de España es homosexual, porque ahora son más visibles. Ni una cosa ni otra. Son deducciones erróneas.

En el cap. 64 (p. 167) se habla de esa “especie de clubs religiosos donde las adolescentes, bajo la dirección de una mujer carismática, aprendían poesía, música y danza, honraban a los dioses, y tal vez exploraban su erotismo poco antes del matrimonio”. Es lo que se cree actualmente, que eran una especie de clubs para venerar a algún dios (al parecer, la forma de pretexto que había en la Antigüedad para una reunión social). Como en las poesías de Safo se habla de amor hacia chicas, y como ella era una mujer, se deduce que Safo era homosexual. Y como vivía en la isla de Lesbos, se ha pasado a designar a las mujeres homosexuales como “lesbianas”, con ese sufijo de influencia inglesa, pues las habitantes de la isla de Lesbos, en español, se llaman “lesbias”, con un adjetivo más español propio de los habitantes de una ciudad, pueblo, región o país. Es más fácil entender que Safo dirigía un grupo de estos en lugar de lo que dijo un investigador del siglo XIX, muy puritano él, que decidió que lo que dirigía Safo era “un internado de señoritas”. Todo esto está bien. Sin embargo, otras afirmaciones que aparecen en la misma página, siguiendo la corriente generalizada entre los filólogos clásicos, no me parecen probadas: “En todo caso, los amores de Safo por sus protegidas no eran sentimientos condenados, sino reconocidos y deseados incluso. Los griegos creían que el amor era la principal fuerza educadora”. “En Grecia, miraban ese tipo de homosexualidad pedagógica como algo incluso más digno y elevado que las relaciones heterosexuales”. Estas afirmaciones no las ha inventado la autora. Están en muchos libros de filólogos clásicos, lo que no quiere decir que no sean gratuitas. Pues que Safo hable de amor hacia las jóvenes puede deberse a dos cosas: una, que fueran poesías de encargo, y dos, que no es lo mismo el “yo poético” que el “yo verdadero”. Es decir, con frecuencia, el poeta crea una postura desde la que siente que su creación es más libre, y esa postura no es necesariamente real. En cualquier caso es una deducción errónea entender, a partir de los datos conservados, que en Grecia la idea generalizada y aceptada era la homosexualidad pedagógica. Es hacer una generalización a partir de muy pocos datos.

En el capítulo 65 (p. 171) se habla de la segunda mujer de Pericles: “Pericles, en cambio, escogió a Aspasia –una extranjera con mala reputación y sin pedigrí-”. ¿Realmente tenía Aspasia mala reputación? ¿O era lo que dijo de ella el machista y conservador comediógrafo Aristófanes? Era una mujer procedente de una región, Jonia, en la que las mujeres recibían una educación más elevada que las de Atenas y no estaban tan sometidas como las atenienses, que la mirarían con recelo, por ser extranjera, siguiendo los cánones del machismo y xenofobia establecidos en la época en Atenas. ¿Qué necesidad hay de seguir repitiendo (como lo hará el historiador y ensayista Plutarco siete siglos después) difamaciones que proceden de la crítica a un hombre de estado tan importante como lo fue Pericles? Nosotras, las mujeres de la segunda mitad del siglo XX, nos hemos incorporado al mundo laboral y hemos tenido que soportar muchas frases estúpidas y machistas en muchos momentos. ¿Qué profesora no ha recibido en alguna ocasión las cuatro letras por haber suspendido a algún alumno? ¿Es acaso eso indicativo de que lo es?

En el capítulo 65 (p. 171) señala la autora: “Plutarco dice que los ciudadanos contemplaban boquiabiertos cómo [Pericles] ‘al volver del ágora, cada día la abrazaba y la besaba dulcemente’. Y, tal y como lo cuenta Plutarco, entendemos que esa exhibición de amor conyugal era en la Atenas del momento una escandalosa inmoralidad”. Aquí se hace una generalización a partir de ese dato. Hay momentos en la historia de la sociedad en que ha habido más libertad para exhibir los sentimientos privados y otros en los que se han ocultado. Yo he visto que una persona del pueblo llano, aun

queriendo mucho a su mujer, si estaba en presencia de extraños, se negaba a darle un beso de despedida antes de un viaje, para no mostrar sus sentimientos en público, simplemente por pudor. Y algunos decían “la mujer” para referirse a la propia, hasta el punto de que yo no sabía a quién se estaban refiriendo. Por no mencionar a los que decían “la parienta”, “la costilla”, etc. Todo fórmulas de pudor para no mostrar la privacidad. Por tanto, esa afirmación de que el hecho de que Pericles besara a su mujer en público “era una escandalosa inmoralidad” es exagerada.

Señalaré ahora otros muchos pasajes acertadísimos en su concepción y exposición.

Cuando trata de la risa y la comedia (cap. 72) comenta con detalle el pasaje de *El nombre de la rosa* de Umberto Eco sobre estas. Señala también que con frecuencia no se admite la comedia como digna de figurar entre los géneros literarios, en la medida en que ridiculiza al poder dominante: “La tolerancia tiene una conjugación irregular: yo me indigno, tú eres susceptible, él es dogmático” (p. 193).

Es muy interesante el párrafo en el que destaca la existencia de “evergetismo” o “acción de patrocinar” de las sociedades helenísticas y cómo una inscripción del siglo II a.C., hallada en Teos, una ciudad de Asia Menor, recuerda a un benefactor que cedió una suma capaz de “asegurar que todos los niños nacidos libres reciban educación”. El donante dejó establecido que hubiera tres niveles, y que hubiera niñas y niños (p. 198).

El libro destaca por informar sobre literatura, mitología y hechos de la Antigüedad conectándolos continuamente con hechos y elementos actuales. Como por ejemplo cuando habla (p. 205) del orador Antifonte (siglo V a.C.), que puso una “consulta” en Corinto para curar las penas del alma mediante la palabra (contado por Plutarco, *Vidas de diez oradores*, I, 833c), lo que constituiría un antecedente de las teorías del psiquiatra vienés Viktor Frankl, discípulo de Freud.

Es genial el capítulo 76 (p. 212) en el que analiza esa propuesta de Platón en *Las Leyes* (VII 801d-802b) de censurar la literatura que leen los jóvenes, resultando ser Platón con ella uno de los escritores más severos y autoritarios, pero, al mismo tiempo, de los más embaucadores de la historia. Y conecta esta pretensión de Platón con esas modernas intenciones de modificar los cuentos infantiles en la medida en que aparecen en ellos temas políticamente incorrectos en cuestiones de feminismo, racismo, violencia, etc., lo que constituiría una literatura aséptica, ñoña, nada formativa, y, en definitiva, aburridísima.

En el cap. 84 (p. 234) analiza la “espeluznante biblioclastia” que ha existido en muchos momentos críticos de la historia. Cuando describe la terrible y dolorosa quema de la biblioteca de Sarajevo, conectándola con la película *Fahrenheit 451*, señala que ese objetivo de aniquilar el pasado del enemigo, era una finalidad del odio étnico, y un intento de imponerse sobre los demás. Pues es “la multiplicidad de voces que hablan, matizan y se contradicen desde un número incalculable de páginas la que permite confiar en que no quedarán ángulos ciegos y habrá posibilidad de detectar las manipulaciones”.

Cuando yo empecé a estudiar Clásicas, mis amigos que estudiaban Ingenierías varias, Económicas, me miraban despreciativamente diciéndome “¿para qué, si son lenguas muertas, si ya está todo traducido?”. En la página 247 hace Irene Vallejo un elogio de la traducción, iniciada por los filólogos alejandrinos: “Nuestro antiguo hábito de traducir ha tendido puentes, ha amalgamado ideas, ha originado una conversación polifónica infinita, y nos ha protegido de nuestro chovinismo aldeano, enseñándonos que nuestra lengua es una más –y, en realidad, más de una–”.

En la p. 290, tras hablar de la dureza de los castigos corporales en los niños cuando se les enseñaba a leer en la antigua Roma, cita un pasaje del *Satiricón* de Petronio (IV 1) en el que un personaje se queja de la pésima costumbre que se ha puesto de moda de que los niños aprendan jugando. Y añade “las batallas entre la vieja y la nueva escuela son muy antiguas”.

En la p. 291 la autora destaca la importancia social que tienen actualmente los grafitis urbanos, hechos por adolescentes de barriadas marginales. Mientras a muchos nos produce rechazo ver tapias afeadas con esas pintadas, Irene Vallejo señala la parte positiva de ese hecho: que esos adolescentes hayan descubierto el placer de la escritura y del dibujo, porque han tenido acceso a la enseñanza, cosa que sus antepasados a lo mejor no tuvieron.

Cuando en la p. 348 pone de relieve el encanto de los versos de Ovidio, señala también la modernidad de este al defender en su *Arte de amar* (II 682 ss.) que el placer erótico pleno ha de ser recíproco. Y también señala cuán cara costó esta obra a Ovidio, desterrado por Augusto a la costa del mar Negro.

Frases como estas deberían aprenderlas los gobernantes y políticos: “Aunque la censura rara vez hace desaparecer las ideas que persigue —y a menudo les da alas— los gobernantes poseen una extraña vena reincidente” (p. 352). Y destaca las cremaciones de libros cristianos en la persecución de Diocleciano (303-313 d.C.), y, más adelante, las de los libros paganos en 391 d.C.

Magnífica esta definición de los clásicos: “Son libros que siguen atrayendo nuevos lectores cien, doscientos, dos mil años después de ser escritos. Esquivan las variaciones del gusto, de las mentalidades, de las ideas políticas; las revoluciones, los ciclos cambiantes, el desapego de las nuevas generaciones. Y en ese trayecto, donde tan fácil sería perderse, consiguen acceder al universo de otros autores, a los que influyen”.

Sería conveniente que la autora corrigiera algunos nombres propios en los que no sigue las reglas de transcripción preceptivas (¡es tan fácil! Basta con seguir las reglas por las que se rige el índice de nombres mitológicos de la *Mitología clásica* de Ruiz de Elvira, ed. Gredos, Madrid, 1975, reglas que se aplican también a los nombres griegos y latinos no mitológicos). Son los siguientes: Artemis (no Artemisa, p. 139), Andronico (no Andrónico, p. 262), Luculo (no Lúculo, p. 264), Tárraco (no Tarraco, pp. 337 y 340), Aristides (no Aristides, p. 387). El nombre del liberto de Cicerón era Tirón (no Tiranión, p. 273). Y, por último, *las* Idus de Marzo (no los Idus, págs. 329 s.), pues los nombres de esos días son femeninos en latín (las Kalendas, las Nonas, las Idus), y no tiene por qué influirnos para hacerlos masculinos la novela de Thornton Wilder *The Ides of March*, mal traducida al español como *Los Idus de Marzo*, ya que en inglés no está marcado el género en el artículo.

En las últimas páginas hay un elogio de los libros, triunfo de la cultura frente a la destrucción y al olvido. “Debemos a los libros la supervivencia de las mejores ideas fabricadas por la especie humana”. (p. 394). “Conocer todos esos precedentes nos ha inspirado ideas tan extravagantes en el reino animal como los derechos humanos, la democracia, la confianza en la ciencia, la sanidad universal, la educación obligatoria, el derecho a un juicio justo y la preocupación social por los débiles” (p. 395). “Los libros nos convierten en herederos de todos los relatos: los mejores, los peores, los ambiguos, los problemáticos, los de doble filo. Disponer de todos ellos es bueno para pensar, y permite elegir” (p. 396).

En todas su apreciaciones la autora pone siempre especial cuidado en no polemizar ni agredir, aunque intente rebatir ideas poco afortunadas. Insiste siempre en

lo que nos une, buscando terrenos en los que diferentes formas de pensar puedan encontrarse.

En fin, no solo este ensayo, sino toda la obra de Irene Vallejo se caracteriza por tener, además de erudición y de emociones, una característica especial: la ausencia de acritud, los pensamientos y las emociones positivas, y eso en los tiempos que corren, con tantos insultos de los políticos y de los bandos, es un bálsamo que impulsa a leer cualquier cosa que escriba.

M^a Rosa Ruiz de Elvira Serra